

De tanto sol luciente
 Como ornando su velo trasparente.
 Gira en la noche lúgubre callada,
 Medir el velocísimo camino
 Solicito el mortal; del más vecino
 Planeta al más lejano
 Pesar la mole inmensa; separada
 Ver la luz en el prisma, ó de liviano
 Ardor herido por el aura leve,
 Preparo de apena el águila se atreve;
 Puede al lóbrego abismo de la tierra
 Calarse; y cuidadoso,
 Cuanto ser raro y misterioso encierra
 Su ancho seno explorar; de las edades
 Con ardor fastidioso
 Los fastos revolver, vicios, maldades,
 Errores mil entronizados viendo;
 Y á tí, santa virtud, siempre oprimida,
 Pobre, ajada, llorosa,
 O bien al pueblo indómito rigiendo
 En vela triste, en inquietud medrosa,
 De su arbitrio la vida
 De miles ver colgada;
 ¿Qué es tanto afán al cabo? Amigo, nada.
 No; la angusta grandeza
 Del hombre no se debe
 Fijar sobre apariencias exteriores,
 Que á par del justo el delincuente lleve.
 Si, iluso, de la tierra en la bajeza
 Se anonada su espíritu, mejores
 Las bestias son; y el Padre soberano,
 Avaro con la muestra milagrosa
 Que en su excelso consejo producía
 A su imagen gloriosa,
 Y á quien rey sumo de la tierra hacia,
 Pródigo en su bondad abrió la mano
 Para dotarlas, sometiendo injusto
 A los medios el fin. Jamás se daña
 El bruto en sus deseos,
 O vanidad, ó miseros empleos
 Le acibarán el gusto;
 El hombre solo en su anhelo se engaña.
 A fin más alto el Númer le destina,
 La virtud celestial es su nobleza,
 El lodo vil por ella se avecina
 A su inefable Autor; su inmensa alteza
 Participa dichoso;
 Y al ángel casi igual, con planta pura,
 Entre sus coros de laurel glorioso
 Ceñida en torno la serena frente,
 El alcázar de estrellas esplendente
 En eterna ventura
 Sublime hollará un día.
 ¿Y habrá quien tenga en misera agonía
 Su pecho? ¿habrá quien vele,
 Y por el cetro ó por el fausto anhele?
 ¿El heredero, el morador del cielo,
 De allá al reino del llanto desterrado,
 De su alma patria, de su sér se olvida?
 ¿El augusto traslado
 Del Dios del universo no alza el vuelo
 A contemplarle, en la apariencia vana
 Fascinado del bien? ¿Con sed ardiente
 De ser feliz, de la insondable fuente
 Huye de eterna beatitud? ¡Oh insana,
 Culpable ceguedad! gime sumida
 Del vicio, el alma, en el infame lodo,
 Y su nobleza ilusa,
 Méenos en lo que debe, busca en todo:
 Búrlase, y luego á su Hacedor acusa.
 Mas ¿qué? ¿tus graves yerros, sér liviano,
 Harán trocar el órden soberano
 Que dió el gran Sér á su acabada obra?
 No, no; ni en ella tu locura sobra.
 Todo en órden está; sólo tu pecho
 Trastornarlo sacrilego porfia,
 Cuando una fragua de pasiones hecho,
 Anhela, teme, espera, desconfía.
 De no meditar nace
 Nuestro misero estado. La alta mente,
 A quien se dió pesar con ley severa
 El bien y el mal, ó soñolienta yace,

Ó en fútiles objetos se derrama,
 Ó del placer llevada suavemente
 Del aura lisonjera,
 En su imagen falaz ciega se inflama;
 El bien mentido cual verdad recibe,
 Y de esperanzas y de sombras vive.
 A la llorosa puerta de la vida
 Nos acecha el error, con faz doblada
 Riendo adulador, en aparente
 Mentida luz su túnica esplendente;
 Y una ancha senda, de otros mil hollada,
 Con la siniestra mano señalando,
 De su diestra fatal la muestra asiendo,
 A ir en pos de la turba nos convida.
 Luego el vicio nos hacen,
 El pecho inocentillo al mal torciendo,
 Entre la leche y el arrullo blando
 Nuestros padres beber, y se complacen
 Si en ellos el hijuelo los remeda.
 Vanidad loca, envidia pestilente
 De su labio imprudente
 Oye el niño, y estudia cuidadoso,
 Sin saberlo, á ser vano y envidioso.
 Viene el maestro, y en borrar se afana
 Si del primer candor aún algo queda,
 Y aplausos coge por su ciencia vana.
 De voces sin sentido
 Del viejo Lacio muestra mente abruma,
 Y de autores haciendo larga suma,
 En su estéril saber desvanecido,
 Grita, contiendo, opina,
 De ignorados errores nos instruye,
 Nada edifica, cuanto más destruye:
 ¡Oh instrucción saludable y peregrina!
 La sociedad, fecunda engendradora
 De culpas, de su mano nos recibe,
 Y el veneno mortífero nos dora
 Con ilustres ejemplos.
 En trono de oro al vicio nos presenta,
 Que jactancioso sus victorias cuenta
 De la inocencia ó la virtud mofada;
 Consagra el interés; erige templos
 Al placer indecente;
 Y por ley el delito nos prescribe
 Con firme voz de miles aclamada.
 Gritan luego, irritadas altamente,
 Las infaustas pasiones, cual rabiosos
 Opuestos huracanes,
 Del mar en las llanuras despeñados;
 Y el triste pecho en miseros cuidados
 Dividen, y en anhelos congojosos.
 Crece la edad, y crecen los afanes:
 Preparo es fuerza á la escarpada cumbre
 Del fastidioso deleznable mando,
 Y fuerza atesorar, por más que gima
 El infelice que el hogar me cede.
 Quede la tierra, quede
 De miles de cadáveres sembrada,
 Y brille de laurel mi frente ornada.
 ¡Oh! ¿con qué ciega furia se desvela!
 ¿Cuál trabaja en su daño el miserable
 Mortal! Cuanto suspira, cuanto anhela,
 Cuanto á gozar llegó tras mil sudores,
 Para su mal lo quiere.
 Espinas en su seno son las flores;
 Un instante agradable
 De fugitivo día
 Luengos años le cuesta de agonía,
 Si de sus vicios víctima no muere.
 Del deseo al dolor, de otro deseo
 A otro nuevo dolor sin cesar veo
 Correr al hombre triste,
 Sin que de tanto error, de tanto daño
 Le corrija jamás un desengaño.
 ¿En qué desórden tal, en qué consiste?
 ¿El cielo en verle misero se place,
 Ó libre sólo para el vicio nace?
 Siguen los seres todos el camino
 Por el dedo divino
 Del Hacedor marcado. En rauda vuelo
 Rodea la tierra al luminar del día
 Con ley igual por la region vacía.

Miles de soles el inmenso cielo
 Sin tropezarse cruzan; crece hojoso
 Con ornato florido y verde pompa
 El árbol en el valle; y sabe diestro
 Su alimento escoger, sin que le engañe
 Un jugo extraño: en giro bullicioso
 La abeja sin maestro
 Juega en el prado, y con la débil trompa
 También sabe libar sus dulces mieles,
 Sin que la flor más delicada dañe.
 Las avecillas fieles
 De amor al blando impulso, cuando llega
 El ordenado plazo,
 Unirse saben en felice lazo;
 Y cuando al aire tímido se entrega
 De su ternura el fruto, ya instruido
 De cuanto saber debe, surca el viento;
 ¿Y sólo el racional, siempre perdido,
 Cual ciego entre tinieblas, irá á tienta?
 El solo, esclavo de fantasmas vanos,
 De funestos errores
 Que abortó el interés, siempre en temores,
 Sus sueños mismos adorando insanos,
 Dará en la tumba con su triste vida,
 Contando en cada paso una caída?
 ¿El fugaz punto que infeliz alienta,
 El solo, el solo en cólera sangrienta,
 En torpe gula, en avaricia infame,
 En hinchada altivez y envidia triste
 Gemirá aherrojado,
 Por más que austera la razón le clame?
 ¿En qué trastorno tal, en qué consiste?
 Tú, Amintas estudioso, que apartado
 Del liviano furor con que la corte
 Ora se agita, en meditar te empleas
 Tranquilo el sér humano al cierto norte
 De la alma celestial filosofía,
 Y á un tiempo te lastimas y recreas
 Con su inconstancia y ceguedad, ¿cuál, dime,
 Del abismo de penas en qué gime,
 La causa puede ser? ¿qué estrella impía
 Su suerte va de la llorosa cuna
 Hasta el sepulcro misero rigiendo?
 ¿Por qué el mal sigue siempre, el bien queriendo?
 En vano acusa la cruel fortuna,
 Hacer pretende cómplices en vano
 El hombre de su suerte á las estrellas.
 El grande Ordenador dejó en su mano
 El bien y el mal: las buellas,
 Cual el alado poblador del viento,
 Que en él se pierde á su placer exento,
 Torna libre doquiera que le agrada;
 Y si triunfante rie el apetito,
 Y gime la razón abandonada,
 Suyo ha sido el querer, suyo el delito.
 No infame, pues, á la verdad, si yerra;
 Si en pago de una osada confianza
 Se ve del mar sorbido con la nave,
 Que fué ocasión á su desdicha grave;
 Si á desastrada guerra
 Le arrebató la voz de la venganza,
 O si en lecho de espinas los ardores
 De un loco amor espía entre dolores.
 Presta, iluso mortal, presta el oído,
 Si de verdad anhelas ser dichoso,
 De la razón al grito repetido,
 Y sus avisos sigue religioso,
 Firme le cierra al seductor acento
 De las pasiones, ni el antojo vano
 Tu pecho agite en soplo turbulento,
 O des la rienda á un desear insano.
 En tu fugaz carrera
 Deja al cuidado de tu Autor divino,
 Pues él solo lo alcanza, tu destino,
 Y de su diestra tu ventura espera.
 No á ajena potestad tu suerte fies,
 Ni del vicio en las sendas te desvies,
 Porque no gozarás ni el alto empleo,
 Ni el fresco rosicler de la hermosura,
 Tras quien tan loca tu pasión se afana,
 Si lidia en ciega guerra tu desseo;
 Que á la rosa más pura,

De su ámbar dulce y delicada grana
 Priva el delito, y pavoroso abismo
 Hacer puede de horror al cielo mismo.
 Entra, pues, entra en tí: con detenida
 Observación estúdiate á la lumbre
 De la angusta verdad, y cuerdo aprende
 Los altos fines de tu presta vida.
 Que quien su pecho enciende,
 Quien su divino sér, no la grandeza,
 Siervo de vil costumbre,
 Fija en el bajo, miserable suelo,
 Ni á los piés gime de la infiel belleza,
 Y libre en el oprobio y las prisiones,
 Con frente exalta en contemplar se place
 Su faz torva al tirano sin recelo,
 Por más que muerte indigna le amenace.
 Rico en sublimes dones,
 Del Padre soberano
 La omnipotencia sábia
 Te dió á la comun luz, cuanto debiera
 Para hacerte feliz, tanto pusiera,
 Pródigo en sus bondades, á tu mano.
 Tu labio querellándose le agravia
 Con necedad sacrilega, y pidiendo
 Al sér tuyo atributos no debidos,
 La severa razón desatendiendo,
 Se fatiga en inútiles gemidos.
 A esta razón divina ¿qué prefieres
 De cuanto el cielo inmensurable encierra,
 Y la ancha faz adorna de la tierra?
 ¿Todo á tu bien con ella no refieres?
 ¿Su luz hasta el gran Sér no te encamina,
 De ente tanto la escala peregrina
 Siguiendo? ¿no le ves en el lumbroso,
 Ardiente sol sentado,
 De la nube en el rayo arrebatado,
 De la noche en el velo misterioso?
 Cultiva, pues, esta razón, si anhelas
 Al verdadero bien; á su luz pura
 Solicito nivela tus acciones,
 Y la ardua senda de virtud emprende;
 Que en tu esfuerzo se libra tu ventura.
 La pompa por que insano te desvelas,
 Generoso abandona; y cuerdo entiendo
 Que el grande, siervo vil de las pasiones,
 Por más que en su palacio suntuoso,
 Do inmensas sumas su fastidio encierra,
 El oro le deslumbre, y lisonjero
 Aparato de tímidos clientes,
 Inútil á la tierra,
 Si la verdad lo juzga, es el postrero
 De todos los vivientes;
 Y el pobre, cuanto oscuro virtuoso,
 Que el pan divide, en su sudor regado,
 En mesa humilde á un escudron de hijuelos,
 De misera fortuna ultraje triste,
 Honor del sér humano, y de los cielos
 Por los ángeles mismos acatado,
 Con ellos en dichosa compañía,
 Por más, Aminta, que en la tierra asiste,
 Goza del claro empero la alegría.

DISCURSO III.

ÓRDEN DEL UNIVERSO, Y CADENA ADMIRABLE
 DE SUS SERES: DEDICADO Á JOVELLANOS.

¡Desfallece mi espíritu, la alteza
 De tu ordenada fábrica admirando,
 Oh inapeable (1), oh gran naturaleza!
 Los ojos subo al cielo, y centellando (2)
 Soles sin cuento en troncos de oro veo
 Sobre mi frente abónita girando.
 Loco anhela alcanzarlos el desseo,
 Sus pasos acordar, hallar curioso
 Su final causa y soberano empleo.
 Afánase sin fruto; y silencioso
 Sólo adora al gran Sér que bastó á echarlos,
 Cual polvo, en el espacio luminoso.

(1) Variante: *inconcebible*.(2) Variante: *rutilando*.

Su excelsa diestra alcanzará á pesarlos,
Su dedo á demarcarles el camino,
Y su inmenso saber podrá contarlos.
¡Sirio! ¡brillante Sirio! ¡más vecino
Cómo no estás á mí? ¡por qué no siento,
Cual el del sol, tu resplandor benigno?
Y tú, sol, rey del día, ¡dó alimento
Para tu luz recibes? ¡quién, di, guía
La tierra en torno de tu inmóvil asiento?
La blanca luna en la tiniebla fría
Rige su rueda, en esplendor velada,
Cual diosa augusta de la noche umbria.
¡Oh! ¡cuál va silenciosa! ¡cuán callada
Con cetro igual la esfera enseorea,
Aunque á la negra tierra torne atada!
Venus allí graciosa se pasca,
Y á distancia sin fin entre sus lunas
Tibio el cano Saturno centellea.
¡A qué le alumbran cinco? ¡caso algunas
Vanas le son? ¡á tu pausado giro
Por qué siempre, astro infausto, las adunas?
Mientras más lo medito, más me admiro:
La mente en calcular se desvanece,
Y entre horror santo ciego me retiro.
Mas todo hubo su fin, do resplandece,
Jovino, sabio el Númer; concertado
Todo está: el orbe una cadena ofrece
De inmensos eslabones al callado
Meditador; estúdiala y humilla
La frente ante el Señor que la ha formado.
Ni en el átomo tenue menos brilla
Que en el disco del sol; si más subieres,
Tu pasmo crecerá en su maravilla.
Doquier te vuelvas, por doquier que fueres,
Un órden has de hallar; pero abarcarle
Jamás, jamás con la razón esperes.
Acuérdome que el cielo (aun no mirarle
Supiera bien, ni, en mi pueril rudeza,
Con la atención de un sabio contemplarle)
Un tiempo me elevaba en su belleza,
Y las horas absorta entretenía
Del alma alada la fugaz viveza.
¡Cuán ludo en medio de la noche umbria,
Sobre la muella hierba reclinado,
Sus lámparas sin fin contar quieral
Por el éter inmenso extraviado,
De astro en astro vagando, aquél forjaba
Mayor, el otro en luz más apagado.
Las tiernas flores que mi cuerpo hollaba,
En ámbar me inundaban delicioso;
De léjos triste el ruiseñor trinaba.
La soledad angusta, el misterioso
Silencio, las tinieblas, el ruido
Del aura blanda por el bosque hojoso
Me llevaban en éxtasi embebido,
Y un supremo poder engrandecía
Mi espíritu, del vil lodo desprendido.
En medio yo impaciente me decía:
«Que no haya de alcanzar cómo á moverse
Bastan, qué reglas guardan, quién los guía?
¡Señor! ¡Señor!...» La esfera esclarecerse
Sentí, y alada inteligencia pura
A mis curiosos ojos vi ofrecerse.
Con un cenital de celestial blancura
Los tocó; y sonriendo cariñosa,
Mi helado pecho plácida asegura.
«Alza, dijo, á la bóveda lumbrosa
La vista, y los milagros considera,
Do se extremó la diestra poderosa.»
Alcéla, y ver logré la inmensa esfera,
Y el paso de las lumbres eternas
En su perenne rápida carrera.
¡Qué de globos ardientes! ¡qué raudales!
¡Qué océanos de luz! ¡qué de ostentosos
Soles, del claro empireo altos fanales!
De maravilla tanta codiciosos,
Mis atónitos ojos se perdían
Del espacio en los términos dudosos.
Mas alcanzar, aún ciegos, no podían
Por qué en órbita tanta diferente
Tan desiguales todos discurrían.
Tocó otra vez mi vista su clemente

Divina diestra, y «Considera, oh ciego,
Tornó á decir, la bóveda esplendente;
»Que el Excelso atendió tu humilde ruego,
Y en este punto el velo ha levantado,
Y envuelta desaparece en santo fuego.»
Yo vi entonces el ciclo encadenado,
Y alcancé computar por qué camina
En torno el sol Saturno tan pausado.
¡Oh atracción! ¡oh lazada peregrina,
Con que la inmensa creación aprieta
Del sumo Dios la voluntad divina!
Tú del crinado, rápido cometa
Al átomo sutil el móvil eres,
La ley que, firme, ser á ser sujeta.
Recorre el globo: ¡al cielo volar quieres?
Trepas, pues; sonda el mar; la mente activa
Cala al abismo de ignorados seres.
La hallarás siempre estar obrando viva,
La atmósfera apremiar, llevar riendo
El aura por los valles fugitiva.
Los ciegos senos de la tierra hundiendo,
Labrar lagos anchísimos; las fuentes
De los eternos ríos disponiendo;
Y con brazos tajando omnipotentes
Rocas y abismos, pródigo camino
Dispensar á sus rápidas corrientes,
Hacer que suba en modo peregrino
La savia, erguido roble, á tu corona,
Y alzar su helada frente al Apenino.
Muy más activa en la abrasada zona,
La espalda al mar ondisono agitando,
En grillos de arenillas lo aprisiona.
El trono al sol asienta descansando
En sus planetas, y ellos en él á una
La más subida proporción guardando.
Mientras de otro sistema éste es columna,
Y firme á un tiempo en otro se sostiene,
Y otro sobre otro sin mudanza alguna;
Hasta llegar al Númer de quien tiene
Su sér el universo, y la balanza
En su potente diestra igual mantiene.
¡Oh inmensa sucesión, á que no alcanza
Saber mortal! ¡oh variedad esperanza!
Grande aliento á la tímida esperanza!
Sí, sí, Jovino; el Bueno, el Inmutable,
El Poderoso, el Sabio, cuanto hiciera,
Lo enlazó en nudo y órden inefable.
Todo es unión, la parte más ligera
De impalpable materia al sol luciente
Sostiene y carga en su inexhausta hoguera.
Nada hay que no sea efecto, y juntamente
Causa no sea; ¡igual el vil insecto
Cabe el gran dueño al querubín ferviente.
En su inmenso saber no hay más perfecto;
Vió, quiso, obró; y á cada sér ha dado
Virtud con relación á su alto objeto.
Esas mínimas formas que ha creado,
Al parecer sin fin, ruedas son leves
Que altamente en las otras ha engastado.
Tal en lago sereno cerros breves
Forma al caer la piedra: van creciendo,
Y atónito á contarlos no te atreves.
Quita la más sutil; y estoy temiendo
Ya el todo en desunión: una le aumenta,
Y un órden diferente voy sintiendo.
Esa que en nada tu ignorancia cuenta,
En nudo firme á otra mayor se unia;
Y otra aún mayor sobre las dos se asienta.
¡Qué! ¡el granillo de arena que corria
No há nada en el torrente cristalino,
De sus ondas á arbitrio, un fin tendria!
¡Solo tampoco está? No: del vecino
Monte al llano bajó; si él no existiera,
Tampoco el monte, ni el favor benigno
Que útil dispensa á una provincia entera
Con la nevada frente y fértil río,
Que del nace segando en la pradera.
Cuando las aguas que el Diciembre frío
Tornó en blancos vellones, más clemente
Desata Abril en líquido rocío,
El bullendo entre peñas mansamente,
Se apresura por dar frescor y vida

Al valle desmayado en sed ardiente.
Besa las florecillas de corrida;
Y en su cristal el álamo pomposo
Dobla, por verla, su corona erguida.
Turbio tal vez y con rumor fragoso,
Arboles, chozas, mieses arrebatada,
Anegando los surcos espumoso.
Rompe puentes, aceñas desbarata;
Hasta que en brazos del antiguo Océano
Se hunde, y su húmeda planta humilde acata.
Pródigo, empero, con abierta mano
De fértil limo hinchó su señorío,
Que el suelo vivifica comareano.
¡Mas al cabo granillo?... Al poderío
Del rubio sol en tierra trasformado
Lo verá espiga algun tostado estío,
Y pan despues de un sabio, que al estado
Leyes de acaso, y rija virtuoso
Un pueblo á sus vigías confiado.
¡Oh Jovino! ¡Jovino! ¡qué asombroso
El universo es! ¡oh! ¡quién pudiera
Lince indagar su abismo tenebroso!
Ve la materia inánime, grosera
Agitándose activa, hasta encumbrarse
De su nobleza en la suprema esfera;
Cocerse el oro, el táleo organizarse,
La sensitiva de la mano huyendo,
Y el pulpo tras la presa audaz lanzarse.
Llega al reino animal, si en su estupendo
Órden, su graduación, sus perfecciones
Un religioso horror no estás sintiendo.
¡Oh cuántos! ¡cuán trabados eslabones
Desde el sutil, incalculable insecto
Al crustáceo encerrado entre prisiones;
De éste al torpe reptil, ya más perfecto,
O al mudo pez en sus familias raras,
Bruñida escama y portentoso aspecto!
¡Qué! ¡en el inmenso Leviatan te paras,
De horror lleno? Un ejército volante
Turba ya el aire en trinos y algazaras.
Ven, no fugaz escape: del gigante,
Libio avestruz al mosca matizado,
De la tórtola al buitre devorante,
Del cuervo al colorín, del tachonado
Favón al triste buho, ¡á quién la suma
De especies tantas recorrer fué dado?
En indole, color, grandeza, pluma,
Órganos, fuerzas, voz, ¡cuán sabiamente
Ostentó el Númer su largueza suma!
¡Y habrá quién no la admire? ¡quién demente
Los fines niegue, ó que su diestra santa,
Cuanto él pudo tener, dió á cada ente?
De Filomena el trino su garganta
Pide, y húbola en dote: ala ligera
La garza audaz, que al cielo se levanta.
Tal tuvo, y demandára la onza fiera
Suelta garra, y la liebre temerosa
Vencer al viento en su fugaz carrera.
Ni, si en familia menos numerosa,
Cede en órden el bruto, ni hermostura
A la turba en las auras vagarosa.
Crece la perfección, y en su estructura
Va la sustancia orgánica en el suelo
Feliz rayando en su mayor altura.
Genio inmortal, que con sublime anhelo
Su abismo tenebroso has indagado,
Alzando un tanto al universo el velo,
Ven; di las perfecciones que has hallado,
Buffon, en cada cuál; dime el destino
Que en escala animal le has señalado;
Cuál órden la materia, qué camino
Desde el feo murciélago asqueroso
Signe hasta el pongo, al hombre tan vecino;
El sagaz elefante, ese coloso
Animado, y tras él, Jovino, mira
El ratón en su nido cavernoso.
Del rugiente león, que ciego en ira,
Por los desiertos de la Libia ardiente
Con grave paso cornéjudo gira,
Baja del corderillo á la clemente
Mansedumbre, que lame la impia mano
Que alza el cuchillo á herirle ferozmente,

Sube del asno rudo al soberano
Instinto del castor, en sér dudoso,
Sabio arquitecto á un tiempo y ciudadano.
Compara sér á sér: maravilloso
Cualquiera en sí, con el inmenso todo,
Jovino, aun lo hallarás más milagroso.
¡Cuál divino saber bastó á dar modo
A tanta relación? ¡Quién tan distinto,
Quién tornar pudo un mismo inerte todo?
Desde el órden supremo del instinto
Va lenta la materia descendiendo,
En vario siniuoso laberinto,
Al primer elemento: ¡cómo, siendo
Una en sí misma, á distinguirse empieza,
La primitiva sencillez perdiendo?
¡Cuál es su último grado de rudeza?
Y si el fuego es su esencia, ¡en pura nieve
Cómo se torna!... ¡Inapeable alteza!
¡Abismos del gran Sér, si á ello se atreve,
Mientras yo reverente vos adoro,
El puro querubín sonaros pruebe!
En el ojo y la luz, entre el sonoro
Aire y mi oído fines ciertos veo:
Cómo obrar puedan, asombrado ignoro,
Solo ofrécese un sér: sagaz rastreo
Su esencia y calidades; ya le admiro
En relación cumplida con su empleo.
Cada cual es un centro, de do tiro
Líneas á los demas; ninguno existe
Sin que otro exista en no finible giro.
El árbol que de pompa el mayo viste,
Debe al hombre su fruto perfumado,
Y antes á seres mil pródigo asiste.
Da en sus hojas un pueblo alimentado
De insectos, de aves otro con la fruta;
Y hé allí el punzante erizo aun va cargado,
De la tierra el humor su pie disfruta;
En torno, empero, en su agostada hoja
Calor Noviembre y sales le tributa;
La undosa lluvia apaga la congoja
De la tierra; y del monte en la ágría frente
Benéfica la nube á par se aloja.
Su seno esconde el mineral luciente,
De la insomne avaricia vil cimiento,
Y allí bajó á labrarle el sol ardiente.
¡Dónde hallarémos fin, do tome asiento
Tan vasta sucesión! Acaso el hombre...
Un noble orgullo en tu interior ya siento,
Apénas resonó tan alto nombre;
Y sólo para tí crédito esperas
Que Mayo en flores mil el campo alfombré;
Los vientos surque el ave con ligeras
Alas; discurra por la selva el bruto,
Y alumbren soles tantos las esferas;
De todo excelsa fin, justo tributo
Todo al hombre dará, que ha merecido
La divina razón en atributo.
Si, sí, que él solo ¡oh dichal es admitido
A la inmortalidad; sólo en su seno
El Númer su alto sér dejó esculpido.
Lo demas es vil todo: él ve lo bueno,
Adora la virtud, lidia, merece,
Y á su Autor se unirá, de gloria lleno.
¡No es, Jovino, verdad? ¡no se engrandece
Tu genio á cima tan gloriosa alzado?
Mas ya otra nueva escala aquí se ofrece.
Ven; subámosla á par. El hombre atado
El espíritu al barro nos presenta
Con nudo estrecho, sí, mas ignorado.
El crece con la planta, y se alimenta;
Se mueve cual el bruto, siente y vive;
Y en querer y entender ángel se cuenta.
Goza el alma el deleite que recibe
La nariz en la rosa: el alma ordena,
Y el brazo á obedecerla se apercibe.
Si la mente se angustia, desordena
Del cuerpo las funciones; si él padece,
Siente el ánimo á par su acerba pena.
¡Qué de misterios un misterio ofrece!
¡Dónde se obra esta unión? ¡cuándo! ¡al formarse
El hombre? ¡y cómo con su fin fenece?
En ciegas conjeturas fatigarse,

Sabios gritar, escuelas reñir veo;
Y tercios, no entendiéndose, impugnarse.
La causa ocasional colma el deseo
Del uno; la armonía á aquél agrada,
Y otro al físico influjo da este empleo.
Natura en tanto, en majestad velada,
Sigue en nuevos milagros, y escarnece
Del saber vano la arrogancia hinchada.
Uno es el hombre; pero ¡cuál le ofrece
El Senegal ardiente, el bezo alzado,
Llana la faz, que al ébano oscurece!
¿Qué hay entre este comun y el bien formado
Rubio alemán? El patagon compara
Al samojedo torpe y abreviado.
Ve el feo albino, y la belleza rara
Que á un vil serrallo en tráfico afrentoso
Vende en Bizancio la Georgia avara.
Del hotentote indócil, asqueroso,
Pasa al francés social y delicado,
Del indio inerte al bávaro industrioso.
¿Qué extraña variedad! ¿dónde ha empezado?
¿Cuántas sus formas son? ¿dónde natura
Pone el primero, fija el postrer grado?
Corre de pueblo en pueblo; la estatura,
Color, aspecto, voz, uno se ofrece;
Y hallar vienes al fin otra figura.
El mismo el tipo, sí; mas ¡lo parece
Al que á un tiempo sagaz el hombre mira
Que bajo el polo y cabe el Ganges crece?
Aun más extraña variedad se admira
En la forma mental. ¡Oh! ¡qué desprecio!
¡Oh! ¡qué respeto celestial me inspira!
Contemplo al gran Newton, y no hallo precio
Para la humanidad; torno la mente
Al rudo Huron, y aun más la menosprecio.
De la patria en el ara heroicamente
Se ofrece el gran Leonidas; Catilina
Corre á incendiarla, en su furor demente.
Sustituyó Lucrecia á Mesalina;
Y á Tito, las delicias de la tierra,
El monstruo parricida de Agripina.
Aquí el hombre en sus cálculos encierra
La fuga del cometa en el vacío;
Y contando allí seis, perdido yerra.
Mientras en el mármol rudo el poderío
Sentir del pitio númen me parece,
Extático en su angusto señorío;
El africano estúpido me ofrece
De informe lodo la deidad más fea,
Y en su arte igual á Fidias se envanece.
Un fútil vidrio al iroqués recrea,
Si absorto Galileo en su ingeniosa
Lente, en el cielo inmenso se pasea.
Ora en paz blanda, en sociedad dichosa,
Este sér libre, de comun concierto,
Rinde á la ley su independencia odiosa;
Negándose ora al yugo, con pié incierto
Vaga en las anchas selvas, y de un oso
A distinguírle en su rudez no acierto.
Ya la diestra bendice religioso
Que ordenó el universo, allá elevado
Do alzó el Señor su trono misterioso;
Y corre, de su lumbré encaminado,
Cual fijo norte al lauro inmarcesible,
Que en el eden eterno le ha plantado.
Ya sumido en tiniebla inconcebible,
Doblando la vil faz al bajo suelo,
Al grito de su sér, sordo, insensible,
El Dios que le pregonan tierra y cielo,

Desconoce, ¡oh dolor! ¡y cuál la fiera
La fatal hora afronta sin recelo!
¿Es éste el hombre mismo? ¡tu severa
Profunda reflexion, al contemplarle
Tan desigual, tan vario, lo dijera?
Hé aquí el órden, Jovino: el que al formarle
Rey le alzó de la tierra en su nobleza,
Sabio acordó á sus climas apropiarle:
Perfecto aquí, del polo en la aspereza
Le vistió su rudez, en el ferviente
Congo la tizne con que el sol le ateza.
El mismo siempre, y siempre diferente:
Del placer y el dolor á par movido,
El bien ansia, y á obrarlo es impotente.
Compasivo en su sér corre á un gemido;
Culpado tiembla, y con severo acento
La olvidada razon truenca en su oído.
Este es el hombre, en su inmortal aliento
Imágen de su Autor, que la estructura
Del orbe abarca en su hondo pensamiento.
¿Y quién desde él la inmensurable altura
Que corre hasta el gran Sér, trepará osado,
Y de una en otra inteligencia pura?
¿Quién desde la inferior al abrasado
Más alto serafín las perfecciones
Intermedias dirá?... ¿quién lo ha tentado?
Un santo yelo sus sublimes dones
Envuelve misterioso á nuestra mente,
Ciega en mil insondables opiniones.
Mas iguales no son, ¡quien diferente
Formó un átomo y otro, recogiera
Con el ángel su diestra omnipotente!
Acaso alguno absorto considera
¿Suerte inefable del Señor el seno,
Y en él la creación abarca entera.
Otro tal vez, de encogimiento lleno,
Ménos verá su desigual ventura,
En paz eterna, de zozobra ajeno;
O á par que otro de un mundo se apresura
La suerte á moderar, otro al destino
De mil puede regir en paz segura.
Todos cantando en arpas de oro el trino
Con que al Santo de santos, de esplendores
Velado, acata el escudron divino;
Bebiendo entre purísimos amores
De eternal vida en la inexhausta fuente,
Sin ver jamas templados los ardores.
¡Oh dichal ¡oh pismo! ¡oh diestra omnipotente!
¿Quién bastará á ensalzarte? ¿quién la alteza
Jamás vió de tus obras dignamente?
¿Quién ¡oh! de tanta, tan distinta pieza
Sintió la proporcion? ¿quién la armonía
De sér tanto, sus fines, su belleza?
Me confundo, me abismo: el alma mía
Se pierde, una flor sola contemplando,
Una de cuantas Mayo alegre cria.
¿Qué será, qué, si al cielo el vuelo alzando,
Ve tanto sol y mundo allá esparcido
Sobre un centro comun sin fin girando;
Y éste y ellos, y todo dirigido
Por una sola ley, y acaso en ellos
Millones de entes.... ¿dónde voy perdido?
Mas ¿qué? ¡el gran Sér no es poderoso á hacellos?
¿Es de su saber sumo acaso indigno?
¿A qué ese enueto de luceros bellos?
¿Sólo á la tierra don tan peregrino,
Inexhausto fulgor?... Pues que no alcanza,
Jovino, la razon su alto destino,
Ansíeles otro al ménos la esperanza.

DON JUAN PABLO FORNER.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

Si aquellos hombres cuya vida ha sido consagrada constantemente al bien del país en que han nacido, y cuyas glorias y riqueza han tratado de promover, son dignos por estos títulos del aprecio de sus conueidados, y de llevar un nombre célebre, que sea al ménos la miserable recompensa de sus tareas y afanes, ninguno más acreedor á este aprecio y á esta celebridad que el distinguido literato DON JUAN PABLO FORNER. A sus grandes méritos literarios reunía la integridad del magistrado, la buena fe del ciudadano y el entrañable amor á la patria. No es mi ánimo hacer aquí una apología de sus obras; el público podrá juzgarlas mejor que yo: no trato tampoco de hacer el elogio del autor, porque otra pluma sobradamente célebre y elocuente lo ha hecho con todo el saber y elegancia que eran de esperar de su buen juicio y capacidad (1). Me coneretraré á dar una breve noticia de la vida y escritos de este varón eminente, tomada de las luces que me han suministrado sus manuscritos, y de algunas biográficas que de él se han publicado.

DON JUAN BAUTISTA PABLO FORNER nació en la ciudad de Mérida, segun consta de su partida de bautismo, á veintitres dias del mes de Febrero de 1756. Fueron sus padres don Agustin Francisco Forner y Segarra, natural de Vinaroz, en el reino de Valencia, y doña Manuela Piquer y Zaragoza, sobrina del célebre don Andres Piquer, y natural de Madrid. La Academia de la Historia es deudora á dicho don Francisco Forner de algunos trabajos numismáticos que le suministró desde Mérida y desde otros pueblos de Extremadura, así como tambien de una historia y antigüedades de Mérida, que su hijo presentó despues á dicha Academia.

Nacido de un padre tan amante de las letras y de los estudios, excusado es decir que la educación de FORNER fué en extremo sobresaliente, no desmintiendo él nunca las esperanzas que de sus talentos se habian todos prometido. Pasó los primeros años de su infancia literaria al lado de su tío don Andres Piquer, bajo cuya buena direccion hizo notables adelantos en las humanidades y lenguas, en los siete años que las estudió en el aula de don Francisco Torrecilla. A la edad de catorce años lo enviaron sus padres á la universidad de Salamanca á estudiar filosofía, con el objeto de que se dedicase á la carrera de la jurisprudencia; los laureles ganados en el aula de Torrecilla fueron aumentados con los que ganó en las nuevas cátedras á que asistía; y en los nueve años que cursó en dicha universidad, lució extraordinariamente sus talentos y aplicacion en los diferentes actos que exigía la carrera á que se habia dedicado, y que en la universidad de Salamanca eran célebres, por el rigor que en ellos habia. Allí cultivó la amistad de todos los jóvenes que en aquella época estudiaban en ella, y que despues tantas glorias científicas y literarias han dado á España.

Aunque sus principales estudios eran los de filosofía y jurisprudencia, no dejaba de asistir á la clase de literatura, á la cual fué siempre tan inclinado; concurría tambien á la clase de griego, que explicaba el maestro Zamora, y á la que asistían con él Iglesias, Melendez, Estala y otros; llegando á poseer admirablemente esta lengua, así como el hebreo y el latín. Su gusto por la poesia empezó tambien á desarrollarse con el trato de unos jóvenes tan aplicados y tan amantes de nuestra literatura, y áun se encuentran entre sus papeles algunos de sus primeros trabajos, en los que ya se descubre su feliz disposicion para este género de letras.

(1) Elogio de DON JUAN PABLO FORNER, leído en el académico don Joaquín María Sotelo en 1797, á la Academia de Derecho Español, de Madrid, por impreso de órden de la misma en 1798.